

El lugar de la cultura

**Por Javier Correa*

No soy un experto en cultura, menos en políticas culturales. Escribo desde la posición del público o usuario o consumidor (categorías que no comprendo del todo pero que entiendo de dónde vienen); desde la posición del ciudadano que se interesa por la cultura y que a su vez, en razón de su profesión, intenta crear cultura (o producir o proveer).

La cultura es un concepto demasiado elástico. Nos referimos a cultura cuando hablamos de las bellas artes. Decimos que una persona es culta porque ha leído y viajado mucho. Nos referimos a cultura popular cuando nos detenemos desde una supuesta alta cultura a ver lo que el mundo “popular”, aquel que está bajo el mundo dirigente o la elite, produce. Hablamos de la cultura de un país; etc. No es mi ánimo aquí ponerme a discutir estas distinciones, convengamos en principio que como se explica hoy: “todo es cultura” en cuanto manifestación tangible o no de una sociedad en relación consigo misma y con el mundo (ya esta aclaración parece bastante reducida).

Durante estos 20 años de democracia, la cultura ha ido ganándose un lugar, me refiero a toda la cultura. Hemos ido entendiéndonos y acercándonos entre nosotros, hemos abierto espacios para manifestarnos, hemos celebrado nuestras artes, hemos visto exposiciones y espectáculos, hemos ido a lugares remotos para conocer nuestra cultura. Todo pareciera indicar que sabemos más de nosotros y apreciamos mejor lo que creamos. El financiamiento para la cultura también ha crecido, no solo para las artes, también para la literatura, el patrimonio, la artesanía, las comunidades, los nuevos lenguajes, las fiestas, etc. Existe un consejo de la cultura con rango de ministerio y mecanismos legales por los que el mundo privado puede apoyar la cultura. Sin embargo, existen todavía problemas, trabas y disputas que hacen difícil pensar en que el lugar de la cultura esté firmemente situado en nuestra sociedad.

Volviendo hacia atrás y viendo todo lo que se ha hecho, no puedo sino estar de acuerdo, y al contrario de lo que la derecha piensa y su candidato declara, estoy convencido que la políticas culturales de las concertación han tenido un enorme impacto positivo en nuestra sociedad. No soy de los que piensan que el financiamiento cultural es una cosa de pitutos o que los evaluadores funcionan por cuoteo. No creo que la concertación haya impulsado una cultura de “izquierda” . Sin embargo, me preocupa la dependencia (el fondartismo) entre los actores culturales y el Estado. O me alarma la falta de compromiso de las empresas privadas (más allá de que la ley Valdés no sea todavía un estímulo lo suficientemente interesante para ellos). O me produce sospechas cuando las autoridades públicas y privadas definen algo como cultural cuando detrás existen intereses políticos o comerciales.

Bajo estas tensiones hay problemas más profundos que durante estos años no hemos abordado y debatido completamente y esto ha provocado otras tensiones. Por una parte, la derecha, cuyo fuerte nunca ha sido la cultura, no ha querido integrarse a un debate acerca de ella y prefiere repetir discursos

gastados y fórmulas más bien integralistas. La cultura le es incómoda, porque hace preguntas. Se espanta del relativismo cultural o declara como antipatrióticas, inmorales o vulgares a muchas manifestaciones. Los más interesados, se mueven entre una idolatría a la cultura europea y norteamericana y una defensa de los valores chilenos “originarios”, llena de folklorismo o incluso exotismo. La concertación por su parte, también mantiene un cierto celo o privilegio simbólico-histórico de la cultura, por lo que en ocasiones prefiere mantener el debate a puertas cerradas. Tiene miedo también de las “masas”, y, siendo irónicos, podríamos decir que sus lecturas son más renovadas pero su elitismo poco ha cambiado.

Por otra parte el Estado ha debido asumir en su mayor parte el financiamiento de la cultura, lo que ha generado una enorme presión desde los actores culturales y una cada vez más compleja maquinaria de asignación, cuya efectividad no podemos desconocer. Sin embargo, cada vez son más los interesados y en tiempos en que el Estado se ve solicitado por todas partes, la cultura es siempre la primera en peligrar. Es usual ya el discurso de los actores culturales durante las campañas políticas, de que el gobierno se haga más partícipe y destine más recursos, y siempre queda la sensación de que finalmente la cultura es un asunto elitista y que su valor y utilidad son discutibles. La derecha esto ya lo entendió hace mucho tiempo porque cree también que el mercado se puede aplicar a la cultura, por lo tanto si la cultura, simplificando, no crece o es porque no hay demanda o porque la oferta es poco atractiva para invertir.

Detrás de esta sensación de la cultura como algo precario, está el error durante estos años de considerarla como un subproducto, como algo que no es primordial para el desarrollo del país o no es rentable. Así, el Estado se ha convertido en un mecenas al que hay que rasguñar a como de lugar, pero nunca es suficiente.

El mundo empresarial también ha jugado su rol. A principios de lo noventa, la ley Valdés consagró una serie de beneficios para que las empresas invirtieran en cultura. La ley se reveló ineficiente o restrictiva en cierto aspectos y fue modificada en 2001, pero en buenas cuentas no ha logrado lo que su gestor soñaba: que las empresas fueran un actor dinámico en la cultura, comprometido y desprejuiciado. Salvando excepciones, la real dimensión de lo que el mundo privado puede aportar a la cultura no se ha dado y, por otra parte, las empresas, en vista que los beneficios son pocos, han tomado más fuertemente el rol de jueces al momento de decidir dónde dar financiamiento. Por esto, no es extraño que el tipo de cultura que las elites empresariales privilegian sea finalmente uno más acorde con los valores que ésta sustenta. De esta manera, se ha tendido a producir una polaridad entre lo que las empresas y el Estado entienden por cultura.

Pensando en términos globales, estas dinámicas no solo han producido una polarización y parcelación de la cultura sino además un relativo aislamiento respecto de los procesos culturales globales, así, encontramos que la presencia y participación de la cultura chilena es escasa y poco relevante; se ha hecho frecuente la queja del mundo cultural chileno respecto del poco

apoyo que recibe para participar de los eventos y fenómenos globales.

Seguramente hay más tensiones que destacar, abundan las preguntas y faltan respuestas. Después de estos 20 años, hay más oportunidades y recursos; los últimos dos gobiernos han dejado museos y centros culturales por todo el país, estamos más abiertos a debatir acerca de nuestra cultura. Sin embargo, esto último no se está dando y a pesar de que muchos actores culturales han señalado las deficiencias en sus áreas y han propuesto soluciones, existe un inmovilismo, un temor a pensar la cultura en toda su complejidad y posibilidad, más allá de las versiones que unos y otros tienen. La derecha roza superficialmente el problema y prefiere el populismo, y la concertación ni siquiera menciona el tema porque cree que lo tiene en buena parte bien encaminado. Pero es claro que ni una ni otra opción serán las que nos permitirán por fin dar a la cultura el lugar que se merece. Esta es una invitación a pensar ese lugar y a seguir haciendo preguntas.